

**ALBERTO GIRRI**

**EL GATO MUERTO**

Brujos enseñaron que los gatos  
pueden alojar almas humanas.

Figura empapada del asfalto o vuelto hacia las nubes,  
eres el muerto más perfecto que yo he visto.  
Pero cómo descubrir que la vigilia que te llega,  
ya indiferente a cualquier invocación,  
tu realidad verdadera de hijo del demonio,  
de locatario esbelto de almas,  
que estableció para tu antepasado africano  
la voluntad miedosa de los clanes familiares  
y confirmó la impar justicia de la magia.  
Pronto vendrán hasta tu cuerpo abandonado  
ladrones de velas,  
y robarán las tibias, su recatada médula.  
Porque es sabido que cuando tales huesos despierten  
despertarán las almas en ellas internadas,  
y en un pueblo lejano y caníbal,  
hombres que trabajan y tienen amores,  
instantáneamente se convierten en  
estatuas.  
Brujos enseñaron que los gatos  
pueden alojar almas humanas,  
y arañar, si quieren, el corazón del huésped.

**¿Y SI EFECTIVAMENTE,  
LA NATURALEZA IMITA AL ARTE?**

¿Y si la eventualidad  
de que un borracho camine

barrios enteros de prostitución,  
y asomado a patios, ventanas,  
masculle demandas inquiriendo  
por gigantas, una Leda altísima,  
rubia, gorda o flaca,  
nos supone presenciar  
en acción una de las posibles,  
inesperadas consecuencias del sentido  
con que Miguel Ángel recreó  
y modeló su Leda con el cisne  
imaginándola metáfora (eso dijo, tal cual),  
para iluminarnos en pleno cómo es  
extraviarse enajenado en un rapto  
de pasión física?

¿Y qué de prodigioso, además,  
si a partir también de la misma situación  
se da el azar de toparnos con fieles  
de T. S. Eliot,  
borrachos  
memoriosos de Prufrock que juren  
haberse consolado en burdeles  
donde las mujeres van y vienen por los cuartos  
hablándoles a sus clientes de Miguel Ángel?

### **A UN LECTOR DE KEATS**

No obstante el simple  
y efectivo mensaje del ruiseñor,  
melancolía  
exenta de artificio,  
suspiras aún  
por la belleza del tiempo, cultivable  
campo de los acontecimientos,  
por el aliento  
sin cambios, preservado  
con esa eternidad que envuelve  
lo temporal, la circunstancia,  
y que la Oda describe,  
te ofrece directamente,  
como por el gusto conoces

qué es una manzana.

Sólo

que cuando estás a punto de lograrlo  
te lo impides desviándote en el recuerdo  
de paraísos que te expulsaron,  
y entre ellos buscas  
aquel del cual lograste  
arrancar una dicha para siempre.

Y lo que acabas de probar  
retorna entonces a lo cotidiano,  
Keats se esfuma,

Su Oda

reina nuevas lecturas,  
una más  
en la rara serie de presencias  
que lastima perder,  
y tu  
azorado, conjeturando  
qué habrá dentro de ti  
nacido también para no morir,  
para que luego del fin,  
cerrados los labios, tu lengua no enmudezca.